

CAPÍTULO LXXIV

CALÍGULA Y CLAUDIO (37-54)

I. — CALÍGULA (37-41)

Nacido el 31 de agosto del año 12, Calígula, cuyo verdadero nombre, el de las actas oficiales y de las medallas, es Cayo César, iba a cumplir veinticinco años de edad. El viejo emperador hubiera preferido de buen grado a Tiberio Gemelo, de su propia sangre; pero tuvo que posponer su predilección a lo que creyó ser el interés público: su nieto apenas tenía diez y siete años; Calígula, mayor de edad, parecía en aptitud de gobernar mejor. Por otra parte, elegir a Gemelo era probablemente decidir su muerte: así pues se contentó con darle buena parte de su herencia doméstica y ciertas prerrogativas imperiales. Pero el senado anuló este testamento y confirió exclusivamente a Calígula todos los poderes.

En cuanto al príncipe muerto, se le hicieron funerales sin mucha pompa y todavía con menos sentimiento: no se le concedió ninguno de los honores que se decretaron para Augusto; nadie pensó en jurar por sus actos, ni menos en hacer de él un dios: era casi declararlo tirano. Por eso no se puso nunca su nombre en la lista de los emperadores que contenía la fórmula del juramento prestado anualmente por los cónsules al entrar en el ejercicio de su cargo. Pero creo que si Tiberio hubiera podido asistir a su posteridad, como dice Plinio, se habría mostrado indiferente a las afrentas que se hacían a su memoria, y más indiferente aún en cuanto a la divinidad que se le negaba.

Fatigada del sombrío despotismo que acababa, saludó la imperial Roma con aclamaciones jubilosas el fausto advenimiento del hijo de Germánico. El nuevo emperador justificó al principio todas las esperanzas: hizo grandes honores a la memoria de su madre y de sus dos hermanos, cuyas cenizas fué él piadosamente a buscar, y para que no se temieran nuevos suplicios quemó todos los papeles de Tiberio. Prohibió las acusaciones de lesa majestad; llamó a todos los desterrados que gemían lejos de la patria, abrió las prisiones, y anuló la sentencia que pesaba sobre aquellos otros nobles condenados de Augusto y de Tiberio, los libros de Labieno, de Cremucio Cordo y de Severo. «Que los lean, dijo; yo más que nadie, estoy interesado en que la posteridad lo sepa todo.» Concedió a su abuela Antonia los honores que Livia había tenido; a sus hermanas las prerrogativas de las vestales, y a su tío Claudio el consulado. Adoptó a Gemelo y le confirió el título de príncipe de la juventud. El pueblo tuvo donativos, y los soldados gratificaciones que llevaron al doble los legados de Tiberio (1).

Al mismo tiempo suprimió el odioso impuesto sobre la venta de las mercancías, haciendo extensivo el beneficio a toda Italia. Los magistrados entraban en el pleno ejercicio de sus derechos, sin que se pudiera apelar de sus sentencias al príncipe; y se restablecieron los comicios de elección; sino que ya no había candidatos ni electores. En fin,

(1) Tiberio había legado 250 dracmas a cada pretoriano y Calígula dobló la suma (Dion, LIX, 2). Las cohortes urbanas recibieron 125 dracmas por plaza, las legiones 85, el pueblo 75; más de once millones y medio de dracmas repartidos entre todos los ciudadanos.

cuando tomó posesión del consulado pronunció en la curia un discurso lleno de tan magníficas promesas, que el senado ordenó para ligar al príncipe con sus propias palabras, que todos los años se diera solemne lectura de la oración imperial.

Con este digno hijo de Germánico el placer y la libertad volvían pues a Roma; las almas oprimidas se levantaban y todas las voces, antes mudas, estallaban en jubilosos gritos. Todo eran fiestas, juegos y espectáculos; la edad de oro de Augusto había vuelto. ¿Había algo mejor que la libertad? Un joven emperador que lo daba todo a todos. El incienso humeaba sin cesar en los altares, adonde la multitud, vestida de blanco y coronada de flores, acudía diariamente a dar gracias a los dioses por haber concedido tal príncipe a la tierra: en tres meses se inmolaron sesenta mil víctimas, y el senado, para no ir a la zaga para con el favorito del pueblo en magnificencia, decretó que el día de su advenimiento sería celebrado anualmente como el aniversario de una nueva fundación de Roma.

Por eso fué un espanto general, una calamidad pública, cuando al octavo mes de su reinado, cayó Calígula enfermo. Todas las noches rodeaba el pueblo su palacio, ansioso de saber noticias de su importante salud: hubo muchos que ofrecieron su vida a los dioses a trueque de preservar la suya.

La enfermedad provenía de excesos vergonzosos. «Cayo, dice el judío Filón, que lo vió en Roma, Cayo cambió su primera manera de vivir, que en tiempo de Tiberio había sido muy sobria y por consiguiente muy saludable, por otra más suntuosa y regalada; porque no se hablaba ya sino de beber mucho vino y comer muchas viandas, y aunque el vientre estuviera ya lleno y pesado con tantas cosas, la glotonería no estaba, sin embargo, satisfecha. Seguían los baños, después fuera de tiempo y sazón, vómitos, y luego incontinenti nueva embriaguez y glotonería y sensualidades con niños y mujeres y otros vicios que destruyen el alma y el cuerpo» (2).

En cuanto a Cayo, el cuerpo salió de la crisis; pero el alma no. Aquella enfermedad desconocida, hubo de desarrollarse en él, según parece, una especie de locura furiosa; y se levantó como se supone que Tiberio lo había adivinado. «Lo dejo que viva, dijo el penetrante anciano; pero será para desgracia suya y del mundo.»

Durante su enfermedad había instituido a su hermana Drusila, heredera de todos sus bienes y del imperio. Algún tiempo después, la tomó por esposa, y cuando murió, hizo de ella una divinidad, que se adoró con el nombre de Pantea (3) (38).

Gemelo le causaba inquietud y lo mató. La virtuosa Antonia le reprendió su conducta, y Calígula la envenenó o la redujo a quitarse la vida. Macrón había sido su confidente, su protector, en tiempo de Tiberio, y la mujer de este favorito había olvidado por él sus deberes. Calígula

(2) Filón, *Leg. ad Caium*, trad. de Bellier, p. 1034 (1612).

(3) El senador Livio Geminio juró haberla visto subir al cielo. Esta bajeza le valió 200,000 dracmas (Dion, LIV, II). Hay una inscripción en honor de Santa Drusila.

les hizo morir a los dos. Silano, su suegro, tuvo la misma suerte. Su hermana Julia Livilla, después de haber sido juguete de sus torpes caprichos, fué expulsada de su palacio y relegada a una isla desierta. Los desterrados a quienes la ley dejaba sus bienes y los reglamentos imperiales ciertas comodidades, hacían a su parecer una vida muy regalada. Calígula los mandó matar a todos; de modo que no había noble familia romana que no llevara luto. Uno de los derechos más preciosos para los ciudadanos era la exención de toda pena corporal. Pues un cuestor fué apaleado y algunos senadores sometidos a tormentos.

Un anciano consular fué un día a darle las gracias por no haberle quitado la vida. Calígula hizo que le besara los pies. Sin duda creyó cosa de chiste obligar a cumplir su palabra a los que, durante su enfermedad, habían hecho votos imprudentes. Uno de ellos vacilaba, y de orden del tirano, se le engalanó como a una víctima irracional con sagrada verbena y cintas y se entregó a una cuadrilla de muchachos, que lo persiguieron por las calles, recordándole su voto hasta la roca Tarpeya, de donde fué precipitado.

Después de Drusila, arrebató sucesivamente a sus maridos dos matronas con quienes se casó para repudiarlas muy luego y condenarlas al destierro. Cesonia, la tercera, supo conllevarlo mejor, pero no sino a costa de grandes terrores. Quería someterla a la tortura a fin de saber por qué la quería tanto. Otras veces le decía: «Una seña que yo hiciera bastaría para que cayera tu cabeza.» Y se complacía en renovar con sus amigos estas crueles chanzonetas.

Era aficionado a hablar en el senado é invitaba a todo el orden ecuestre para que lo oyera. En su palacio rivalizaba con los carreteros del circo, con los gladiadores y los mimos. Tres consulares fueron un día invitados formalmente para que lo oyeran cantar: era ya Nerón.

Esta vez tenemos un tirano insensato que juega con la fortuna y la vida de los romanos, uno de esos genios maléficos que matan por matar: su reinado es la orgía del poder. Por honor de la humanidad, hay que creer que aquellos ataques de epilepsia que padecía en su infancia y su última enfermedad habían debilitado su espíritu demasiado para que no se doblegara bajo el peso de tanto poder. Es raro que el paso de un estado de represión, de molestia y de terror a una libertad sin límites se haga impunemente: el ánimo más firme se siente flaquear. ¿Qué debía producir este repentino cambio en un joven, en la edad de las pasiones violentas, ayer menos seguro de su vida que el último de los esclavos, hoy dueño absoluto de ochenta millones de hombres?

Cayo estaba en esa época de la vida en que la juventud florece en el semblante, y una tez pálida, ojos hundidos y sienas deprimidas bajo una frente amplia desprovista de cabellos, le daban un aspecto de anciano. Sus insomnios, su actividad desordenada, su fiebre de libertinaje revelan un cuerpo enfermo y un alma perversa: *turbata mens*, dice Tácito.

Se ha creído que, así para Calígula como para Tiberio, ha sido la historia demasiado severa y que Suetonio y Dion sólo habían recogido anécdotas de sospechosa procedencia. Posible es que se hubieran recargado algunos detalles de la vida y superado la medida del ridículo que, sin comprenderlo, podía soportar aquel espíritu turbado, pero durante su reinado, yo no encuentro nada que se parezca a la prudente administración de Tiberio. Aquel esclavo de la víspera no piensa más que en hacer temblar, y se complace en espantar a sus mujeres mismas, a sus favoritos, a todos los que se le acercan. «Que me odien con tal que me te-

man,» repite con frecuencia. Tiene la monomanía de la fuerza, y estudia al espejo y ensaya actitudes terribles.

No quiere consejeros ni ministros, y por ostentación de poder provoca a los pueblos, a las corporaciones, a los individuos, sin ver que los germanos, a quienes hace amago de embestir, pueden contestarle con una guerra peligrosa; los judíos cuyas creencias ultraja, con una sublevación; la plebe de Roma sujeta al impuesto, con un tumulto formidable; el senado, mal seguro ante sus atropellos, con una conspiración que lo derribe, y Quereas a quien insulta, con una puñalada.

En medio de un festín se echa a reír de repente: los cónsules quieren conocer el jovial pensamiento que así alegra al emperador. «Me ocurre la idea, les contesta, de que con una palabra puedo hacer que os estrangulen a los dos.» Esta idea de la omnipotencia imperial es toda su política y con la tenacidad del maniaco, la lleva a sus últimas consecuencias: se hace dios en la tierra y cree en su divinidad. «Tengo derecho, dice, sobre todo y sobre todos: *Omnia mihi et in omnes licere.*» Con las condiciones de poder establecido por Augusto, era lógica, pero la lógica de un insensato.

Loco estaba seguramente, cuando sentado entre las estatuas de Cástor y Pólux, se hacía adorar públicamente en la plaza mayor de Roma; cuando tomaba sucesivamente el traje y nombre de todos los dioses; cuando iba al Capitolio a departir con su hermano Júpiter, y a veces a amenazarle en son de reto. «Mátame, le decía, ó te mato yo a tí.» Otras veces, contestaba a los estampidos del trueno con piedras que una máquina lanzaba a las nubes con sordos rumores que querían imitar la majestuosa voz de la tempestad.

Los santuarios más venerados fueron profanados por él. Mandó que se le trajera de Olimpia el Júpiter de Fidas y que se erigiera su propia imagen en Jerusalén en el templo de Jehovah, lo que era para los judíos el mayor de los sacrilegios. A dicha, el gobernador de Siria, Petronio, tomó sobre sí el cuidado de ganar tiempo haciendo que los artistas trabajaran lentamente en la obra de la estatua; y habría pagado con la cabeza su prudencia, si hubiera vivido el tirano. La misma suerte hubiera tenido en Grecia Memio, que había tenido la audacia de desobedecer, invocando amenazadores presagios, para salvar la obra maestra de Fidas.

Augusto y Tiberio dejaban que los griegos de Asia les erigieran templos. Cayo se adjudicó el que los milesios erigieron a Apolo y aun hizo que se le construyeran otros en Roma, donde instituyó en su honor sacrificios y sacerdotes; sacerdocio extraño, porque hubo de nombrar a su caballo Incitado (*Incitatus*) uno de los nuevos pontífices; verdad es que también quiso nombrarlo cónsul. Era una manera de ultrajar la magistratura republicana.

Tal vez se dude de la veracidad de los que refieren estas locuras; pero no hay más que leer la *Legación* de Filón, que es una especie de documento oficial, y se obtendrá el convencimiento de que Cayo tomaba como cosa seria su divinidad. Filón, personaje respetable en su nación y uno de los hombres eminentes de aquel siglo, había pasado a Roma con otros cuatro diputados a reclamar justicia en nombre de los judíos alejandrinos. La primera vez que Calígula vió a los enviados les dijo rechinando los dientes «¿No sois vosotros, enemigos de los dioses, los únicos que, cuando todos reconocen mi divinidad, preferís a mi culto el de vuestro Dios sin nombre?» Y en otra ocasión: «¡Esos necios, que no quieren creer en mi naturaleza divina!...»

«La causa del odio que Cayo tenía a nuestro pueblo,

dice Filón, era su convicción de que los judíos no asentarían nunca á su deseo de pasar por dios.»

Estas palabras permiten aceptar la conversación siguiente entre Calígula y Vitelio, que refiere Dion:

—«Ya sabes que Diana es mi esposa. ¿No la ves cuando viene á mis brazos?

—¡Oh divino Cayo! no es permitido sino á vosotros los dioses veros á vosotros mismos.»

Y cuenta que este Vitelio era uno de los más ilustres personajes del imperio.

No hay que hablar de sus insensatas profusiones, de sus cenas que solían costar diez millones de sestercios, de sus construcciones inverosímiles, de sus villas flotantes, navíos adornados de púrpura, de oro y piedras preciosas, llevan-



Calígula y Drusila (1)

do árboles, vides, jardines, pórticos; de aquel puente echado sobre el mar entre Bayas y Puzolo, de 3,600 pasos de longitud, y con suelo de calzada firme como la vía Apia. Calígula lo pasó á caballo, armado de todas armas y se guido de las tropas á banderas desplegadas, porque se batía á un enemigo, al mismo dios Neptuno. Sin embargo, le había tenido miedo; por eso antes de arriesgarse le ofreció un sacrificio, que debía aplacar su cólera, y ofreció otro á la Envidia, á fin de apartar, según decía, toda influencia celosa ó enemiga de su gloria.

El día siguiente, carreras de carros, el emperador á la cabeza vestido de auriga del circo; á la noche una espléndida fiesta á la luz de las antorchas, y por último pasatiempo, los convidados arrojados al mar. En menos de dos años acabó con el gran tesoro de Tiberio; pero las confiscaciones volvieron á llenarlo. Una de las víctimas era menos rica de lo que él creía. «Este me ha engañado, dijo: podía vivir.» Quería que se le asegurara una parte de herencia en los testamentos; y si el testador le hacía esperar mucho, le enviaba un veneno para que se diera prisa. Sin embargo, no le gustaban las muertes rápidas, y hacía morir á sus víctimas poco á poco. «Hiere, decía al verdugo, hiere de modo que se sienta morir.»

(1) Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 219. El emperador está laureado y lleva el *paludamentum*. Drusila, diademada. Sardónica de tres capas de 35 milim. por 30.

Creó y estableció impuestos de todas clases: dos y medio por ciento sobre todas las cantidades en litigio ante los tribunales del imperio; derechos sobre los mozos de cordel, sobre las cortesanas y, lo que era más grave, hasta sobre los artículos de primera necesidad puestos en venta en la ciudad. Rigieron estas disposiciones antes de promulgarlas, y como los interesados se quejaron, hizo fijar el decreto tan alto y en caracteres tan menudos, que no se podían leer, lo que permitía encontrar muchos contraventores. Así el pueblo y el emperador, si bien de acuerdo los primeros días, acabaron por no entenderse: el uno murmuró y el otro fué cruel. Un día, en el teatro, mandó á los soldados cargar á los asistentes; otro día, faltando condenados para las fieras, mandó arrojarlos espectadores.

Es un malvado, pero además es envidioso y quisiera suprimir la historia, como suprime á los que le molestan. Hizo derribar las estatuas de los hombres ilustres que Augusto había erigido en el Campo de Marte; proscribió los poemas de Homero y quiso arrojar de las bibliotecas á Titio Livio, como infiel historiador. La ciencia de los juriconsultos le parecía inútil, y repetía á menudo que haría de modo que no se tuviera que consultar á nadie, sino á él. No eran más respetados los recuerdos de familia: prohibió á los más nobles romanos las distinciones de su raza, á Torcuato el collar, á Cincinato la cabellera rizada, á Cn. Pompeyo el sobrenombre de Grande.

«Este príncipe que parecía, dice Séneca, no estar en el mundo sino para mostrar lo que pueden los mayores vicios en la más alta fortuna,» ambicionó sin embargo la gloria militar. El año 39 salió súbitamente de Roma en dirección del Rin, donde hizo grandes preparativos y hasta llegó á pasar el río. Pero á la falsa nueva de que el enemigo se acercaba, saltó de su carro de guerra, montó su caballo y corrió á escape al puente; y como lo hallara interceptado con el bagaje, hizo que lo pasaran de mano en mano por encima de las cabezas, á fin de llegar más aína y ponerse en cobro á la otra orilla.

No podía, por consiguiente, disimular su femenil cobardía reconociendo en sus adentros que no era así como César combatía; y para borrar tan vergonzoso pánico hubo de imaginar otra campaña. Durante un festín le anunciaron que los germanos se habían movido en son de guerra. Dejó heroicamente la mesa, corrió al encuentro del enemigo y volvió por la noche trayendo algunos prisioneros: no eran sino soldados de su guardia germana, ocultos de antemano en un bosque de orden suya para esta farsa, no menos vergonzosa. Con todo eso, escribió al senado reprendiendo su incuria y sus placeres, mientras el príncipe se exponía á fatigas y peligros por la salud de Roma.

Verdaderos germanos hicieron por entonces una excursión á Galia; Galba los rechazó, y el emperador tuvo esta vez bastante lucidez de espíritu, acaso miedo, para recompensar á su general en vez de castigarlo.

Habiéndose refugiado en su corte un jefe bretón, luego al punto decidió una grande expedición á la isla (40). Dícese que llegado que hubieron las legiones á Buloña, formaron en batalla á lo largo de la orilla; que Calígula avanzó por mar mandando su flota, y que luego virando de bordo, saltó otra vez en tierra, se arrellanó muy bien asentado en su trono, y dió la orden de ataque al son de todas las trompetas del ejército. Los legionarios buscan al enemigo, Calígula les indica el mar, y les hace recoger conchas de la orilla. Eran los despojos del Océano, que reservaba para el palacio imperial y para el Capitolio (2).

(2) Merivale no cree esta grotesca escena, y nosotros pensamos,

Un monumento eternizó esta victoria: en el mismo lugar se construyó un faro para guiar en lo sucesivo á las flotas en aquel mar ya domado. Calígula se había hecho ya proclamar siete veces *imperator*; pero necesitaba un triunfo magnífico en recompensa de tan gloriosos trabajos. A fin de tener cautivos que arrastrar detrás de su carro, hizo prender á todos los galos de alta estatura, ó como él decía, de estatura triunfal, obligándolos á vestir como sus vecinos de Germania, á aprender su lengua y á dejarse crecer los cabellos.

Los soldados se reírían sin duda de estas extrañas victorias aprovechando á la vez las larguezas que les procuraban. Una vez, sin embargo, se vieron ellos también amenazados. Por vía de pasatiempo, hubo de recordar Calígula, en medio de las legiones germanas, que veinticinco años atrás se habían rebelado contra Germánico su padre. A pretexto de arengarlos, los reunió desarmados al rededor de su tribunal, y ya la caballería los iba á envolver para diezmarlos, cuando llamándose á engaño los soldados corrieron á las tiendas y se armaron. El golpe dió pues en vago. Calígula dejó allí su arenga y su proyecto y huyó.

En el intervalo de sus trabajos militares, que lo retuvieron dos años en la Galia, para mal de este país, vivía en medio de las fiestas y de los suplicios, mezclando las unas con los otros, porque siempre tenía á mano un verdugo para dar tortura mientras estaba á la mesa, ó ejecutar en medio de la orgía á algún provincial culpable de ser rico. Cada diez días ajustaba sus cuentas formando periódicamente listas de proscritos, cuyas riquezas le eran necesarias. Se le llevaba el empadronamiento ó censo de la provincia, y señalaba para la muerte, á proporción de sus necesidades, los mayores contribuyentes.»

Un día que acababa de perder al juego, salió un instante, tomó de sus registros algunos nombres al azar, y volviendo dijo á sus compañeros: «Vosotros jugáis por un puñado de miserables dracmas; yo de un solo golpe acabo de ganar ciento cincuenta millones.»

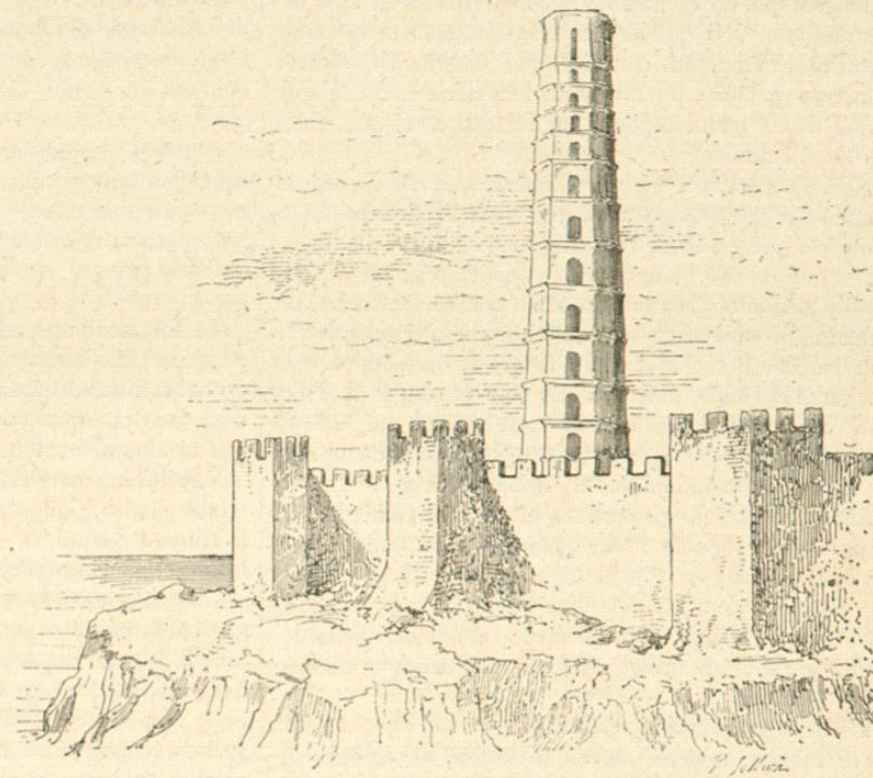
En Lion tuvo otro capricho bastante lucrativo: sacó á pública almoneda el guardarropa del palacio imperial y todos los muebles de su *villa*. El mismo pujaba los precios, y era menester pagar, no ya el valor del objeto, sino la recomendación que tenían por sus recuerdos. «Esto, decía, perteneció á Germánico mi padre. — Este vaso es egipcio y era de mi abuelo Antonio. — El divino Augusto llevaba esta vieja clámide en la batalla de Accio.» Y las monedas de oro caían en las manos del ropavejero imperial. Todos los desechos de los Césarés y de los semidioses de Roma pasaron por esta ignominia. Una vez que vendía lo que quedaba del mueblaje de las fiestas que había dado, descubrió á Saturnino, dormido en un banco, y dijo al pregonero: «Ten cuidado y observa á este antiguo pretor que

como él, que vagas promesas de sumisión traídas por algún jefe bretón autorizarían á Calígula á limitar allí su expedición.

me ha hecho seña con la cabeza de que quiere pujar.» Y á cada movimiento inconsciente del infeliz que dormía, aumentaba la postura. Cuando Saturnino se despertó, debía nueve millones de sestercios; pero había comprado trece gladiadores.

Augusto había fundado en Lion certámenes de elocuencia y poesía: Calígula añadió al reglamento de estos juegos que los vencidos pagaran los premios de los vencedores y que los autores de malos versos borrarán con la lengua sus obras, á menos que no prefirieran un salto en el Ródano.

Un gallo tuvo un día el gusto de decirle una verdad desnuda. Estaba Calígula en su trono, vestido de Júpiter Olím-



El faro de Calígula en Buloña (1)

pico, impasible y grave como debía estar un dios: el hombre del pueblo, hiende la multitud, se acerca y se detiene como asombrado. Lisonjeado el dios de la impresión que produce, pregunta al sencillo gallo qué le parece. «¿Qué me parece? contestó el bueno del hombre. Me parece que eres un hombre extravagante.» Cayo estaba sin duda de gracia y lo perdonó. Verdad es que el audaz gallo no era más que un zapatero.

Un romano no libró tan bien como el gallo, ó libró mejor, como quiera que Séneca consagró su nombre y su valor. Cano Julio había tenido con Calígula una cuestión que había sostenido con mucha libertad.

— Vete en paz, le dijo el tirano despidiéndolo; pero has de saber que he ordenado tu muerte.

(1) Este faro subsistió hasta 1644 en que se derruyó. Se le llamaba la Torre de Orden; era octógona, estaba construída con materiales de diversos colores y tenía doce pisos reentrantes pie y medio uno sobre otro. Cada lado ó cara del primer piso tenía 24 pies, lo que daba 192 de perímetro y unos 63 de diámetro. Se cree que la altura era poco más ó menos igual á la circunferencia. Su nombre provenía de *Turris ardens*, ó de una granja inmediata, llamada *Hoidre*. Habiendo tomado la plaza, en 1544, el rey de Inglaterra, Enrique VIII, hizo rodear la torre de cuatro bastiones para hacer de ella una fortaleza (Allard, *Travaux publics de la France*, p. 21).

—Gracias, piadoso príncipe, contestó Cano.

Y pasó con la más perfecta tranquilidad de ánimo los diez días que le daba la ley de Tiberio. Pasado este término no estaba jugando á los dados, cuando entró el centurión. «Espera que cuente los puntos,» le dijo. Y como lloraran sus amigos: ¿Por qué os afligís? les preguntó. Disputáis por saber si el alma es ó no inmortal; yo voy á saberlo ahora mismo. — ¿En qué estás pensando? le preguntó un amigo en el momento de ir á decapitarlo. — Quiero observar si en este rápido momento se siente salir el alma del cuerpo (1).

Pero dejemos en Suetonio y Dion la vergonzosa historia del tercero de los Césares. Para referirla, necesitaríamos su lengua, que no vacila ante ninguna palabra ni ante hecho ninguno. ¿Ni qué provecho sacaríamos tampoco de seguir más tiempo en contacto, por decirlo así, con ese monstruo de cinismo y crueldad? Nos daría la medida de lo que Roma podía soportar en materia de tiranía. Pero ¿no lo sabemos ya?

No será inútil, sin embargo, referir una última escena donde se verá á qué grado de insolencia había subido Calígula y á qué grado de vileza había bajado el senado.

Durante mucho tiempo había vituperado Calígula á Tiberio y alentado á los que hablaban mal de él. Un día, sin embargo, pronunció en la curia un discurso estudiado que á su parecer debía asegurarle la gloria del hombre más elocuente del siglo, tomando por tema el elogio de Tiberio y la mengua de los que lo atacaban. «A mí, vuestro emperador, me es lícito hacerlo; pero vosotros cometéis una impiedad vituperando á vuestro antiguo jefe.»

Entonces produjo los escritos, que en los comienzos de su principado suponía haber quemado; hizo que los leyeran sus libertos y de ellos dedujo la prueba de que los senadores habían enviado á la muerte á todos los ejecutados del último reinado, los unos haciendo el oficio de acusadores, los otros el de testigos falsos, todos dando el decreto de condenación.

Y añadió esta terrible verdad:

«Si Tiberio cometió alguna injusticia, no debíais colmarlo de honores en vida, ni ¡por Júpiter! vituperar después de su muerte lo que vosotros mismos consagrasteis por decreto. Vosotros sois los que habéis observado con él una conducta insensata y culpable; vosotros los que matasteis á Seyano corrompiéndolo con el orgullo de que lo inflaron vuestras bajezas. Así, todo esto me hace pensar que no puedo esperar nada bueno de vosotros.»

El discurso terminaba con la inevitable prosopopeya que enseñaba la escuela y exigían los retóricos. El mismo Tiberio intervenía. «Tienes razón, hijo mío, y has dicho la verdad. Por eso nada de amistad ni compasión para con ellos. Todos te odian y si pueden te matarán. No te cuides de serles agradable ni te es e sus palabras. Tu placer y tu seguridad sean la medida de toda justicia. Asegura lo uno y lo otro y verás cómo te honran esos hombres. Si obras de otro modo, recogerás en apariencia una vanagloria, y perecerás víctima de sus conspiraciones. El que manda es temido y respetado, mientras es fuerte, y se ve amenazado y rodeado de puñales, cuando se le cree débil.»

(1) Séneca, *de Tranq. an.* 14. Dion (LIX, 9) atribuye á Calígula una buena disposición. Estando considerablemente reducido el orden ecuestre, llamó á él á los más nobles personajes de las provincias; y para disminuir el poder del procónsul de Africa, dió el mando de la fuerza que residía en esta provincia al legado de Numidia; disposición que se conservó (*Ibid.* 21).

Teniendo Calígula que se perdiera para la posteridad esta página de elocuencia la hizo al punto grabar en una lámina de bronce.

El senado creyó que había llegado su última hora. Bajo la impresión de estas palabras ultrajantes y de estas pavorosas amenazas ¿iba á resolverse algún acto viril? El día siguiente se reunió. Sus oradores compiten en elogios celebrando á cual más la franqueza del emperador, su piedad para con Tiberio, su indulgencia para con el senado. Los Padres Conscriptos le conceden la ovación por haber vencido sus justos resentimientos, y para conmemorar para siempre su magnanimidad decretan que el aniversario de la sesión en que les fué leída la famosa arenga, se ofrezcan sacrificios á Su Clemencia, como en las fiestas del Palatino, llevándose al mismo tiempo su estatua al Capitolio rodeada de coros de niños de las más nobles familias, los cuales cantaran himnos en honor del príncipe.

Aquellos hombres eran dignos unos de otros: los súbditos valían tanto como el amo y todos merecían sufrir la eterna é inexorable ley de expiación que domina la historia y hace su moralidad. Las víctimas pagaban por su cobardía y por sus vicios, como el verdugo pagará pronto por su crueldad.

La fuerza de un poder no se mide por su violencia. A pesar de tanta sangre derramada, aquel desastroso reinado había aflojado los resortes del gobierno, rebajado la dignidad del imperio y comprometido la paz pública. Para que la administración fuera más uniforme, aprovechaba Tiberio toda ocasión de reducir á provincias romanas los reinos aliados; Calígula no se tomaba estos cuidados; dió la Itúrea á Soemo, la segunda Armenia á Cotis, parte de la Palestina á Agripa y devolvió la Comágena á Antfoco, añadiéndole, en indemnización de los diez años de reinado que había perdido, parte de la Cilicia y una gran suma de dinero. Verdad es que poco tiempo después deshizo todo lo que había hecho. Artabán había expulsado á Mitrídates de la Armenia, y en vez de sostener al rey expulsado, Cayo lo aprisionó y dió la Armenia á los partos. Llamó á su corte á Tolomeo, rey de Mauritania; después, irritado de la curiosidad de que era objeto, lo hizo matar. Los súbditos de Tolomeo se sublevaron y fué menester una larga guerra para poder reducirlos.

Tiberio era severo con todo el mundo: había acostumbrado á la obediencia á los grandes, como á los soldados, al pueblo y á las provincias; cada cual estaba en su puesto. Cayo reemplazó esta necesaria disciplina con la más caprichosa tiranía y una confusión desordenada. En el teatro gustaba de ver confundidos nobles, mendigos y caballeros, fiel imagen del caos de su espíritu y de su caprichosa voluntad. Hoy hacía acuchillar á la multitud y mañana les repartiría millones. Les distribuía frutas, pájaros raros, y dejaba á Roma sin un saco de trigo, pero con fiestas y juegos para todos los días.

Los soldados recibían larguezas por hazañas ridículas, y otras veces quería diezmar ejércitos enteros. Lisonjaba á los pretorianos, permitiéndoles toda licencia, y se rodeaba de una *legión celtica* formada de groseros y violentos germanos que merecían todo su favor.

Si los provinciales le enviaban diputados, los recibía en medio de sus arquitectos, y los obligaba á ir detrás de él recorriendo sus palacios y jardines, escuchando á los operarios al mismo tiempo que á los oradores, mezclando sus órdenes para los albañiles con las contestaciones á los enviados. De modo que no se hacía ya nada, y sin algunos hombres formados en la escuela de Tiberio, á buen segu-

ro hubieran estallado turbulencias en muchos puntos (1).

Por espacio de cuatro años nadie en el pueblo, en el ejército ni en las provincias, protestó contra estas saturnales del poder. Todo el imperio estaba como el hombre de Lyon, mirando con asombro aquella nunca vista extravagancia. Sin embargo, cuando Cayo volvió de la Galia á Roma con amenazas para los senadores, á los que no permitió que salieran á recibirlo, para el pueblo mismo, sintiendo que no tuviera una sola cabeza para tener el gusto de cortársela de un golpe, se formaron conspiraciones contra aquel insensato «que la naturaleza había engendrado para oprobio y ruina del género humano» (2).

Dos de estas conspiraciones fueron, para mal de muchos, descubiertas; pero la tercera tuvo feliz logro. Un tribuno de los pretorianos, Quereas, á quien Calígula trataba de cobarde y afeminado, reclamó el derecho de dar el primer golpe.

El 24 de enero del año 41, se celebraba en un teatro provisional, construido al pie del Palatino, un espectáculo en honor de Augusto, á cuya fiesta debía asistir el emperador. A eso del mediodía salió el tirano para ir á tomar un momento de solaz, y dejando que su guardia germana tomara la calle que conducía al palacio, penetró él en una galería apartada que disminuía el camino.

Quereas, de servicio aquel día, lo siguió con los conjurados y le dió el primer golpe, hiriéndolo con su espada en la cabeza. Calígula intentó huir, pero mal herido, cayó y lo remataron con treinta heridas más (3).

II.—TENTATIVA DE RESTAURACIÓN REPUBLICANA CLAUDIO (41).

Hemos visto lo que el poder absoluto había hecho de los dos primeros sucesores de Augusto; cómo había turbado y corrompido en los últimos años la firme inteligencia de Tiberio, y desde los primeros días pervertido en Calígula un espíritu débil y arrebatado que se hundió bajo la doble embriaguez de una autoridad sin límites y de pasiones sin freno. Este imperio, que, á decir verdad, no tiene instituciones, irá así, al azar de las circunstancias, de un tirano á un loco, y cuando encuentre un buen príncipe podrá dar gracias á los dioses, porque no será la sabiduría de los hombres la que haya preparado una dominación benéfica.

A la noticia de que Calígula había sido asesinado, sus soldados germanos se precipitaron en el palacio imperial y pasaron al filo de la espada á cuantos allí encontraron, pereciendo así tres senadores; después, volviendo al senado, de donde Calígula salía cuando cayó en manos de Que-

(1) Josefo, *Ant. Jud.* XIX, 4. No había ya trigo en la ciudad á su muerte, sino para una semana escasa. Las únicas cosas útiles que había hecho fueron dos acueductos en Roma y algunos fondaderos cerca de Reggio y en Sicilia para los barcos que traían el trigo de Egipto, y todavía no acabó estas obras (Suetonio, *Calig.* 21; Josefo, *Ant. Jud.* XIX, 1; Frontin, *de Aqued.*). Hizo colocar en el circo del Vaticano el grande obelisco (Plinio, *Hist. nat.* XVI, 40; XXXVI, 9; Suetonio, *Claud.* 20). Noto como un rasgo de las costumbres de la época que permitió asistir á los espectáculos sin calzado, «antiquísima costumbre, añade Dion (LIX, 7), observada á veces en los tribunales practicada con frecuencia por Augusto en las asambleas, y abandonada por Tiberio.» En cambio autorizó á los senadores á asistir á los juegos con sombreros tesalios para preservarse del sol (*Ibid.*).

(2) Séneca, *Cons. ad Pol.* 36.

(3) Quereas envió á matar á la mujer del tirano, Cesonia, y á su hija de dos años. El senado quiso notar de infamia á Calígula; Claudio se opuso; pero hizo derribar sus estatuas en una noche. No fué pues declarado tirano; sólo su nombre, como el de Tiberio, quedó suprimido de la lista de los emperadores (y no hacemos mención de ellos, dice Dion, ni en nuestros juramentos ni en nuestras suplicaciones.)

reas, penetraron en el recinto espada en mano y gesto feroz. El senado, los caballeros, el pueblo mismo esperaba una matanza; y á cada instante se trasladaban heridos ó se acumulaban cabezas humanas en un altar. Pero habiendo llegado un pregonero á anunciar que el emperador, en vez de herido, como se creía, estaba muerto, el celo de los germanos flaqueó y se retiraron sin cometer más atropellos.

Libre ya el senado se reunió luego al punto; y como el populacho pidiera venganza alrededor de la curia, hizo que lo arengara Valerio Asiático, que alabó en alta voz el hecho: «¡Pluguiera á los dioses que yo mismo le hubiera dado muerte!»

Los republicanos encontraban ya una situación según sus deseos. Parecíales que la experiencia de un gobierno monárquico deseado por muchos, debía ahora influir en los ánimos de todos, y como Cayo no dejaba hijos ni colega de su poder tribunicio, el porvenir no estaba comprometido. Nada pues impedía volver á la república. Quereas lo decía; sus colegas pedían la abolición del principado: hasta se hablaba de abolir también la memoria de los Césares, de derribar sus templos, y el senado se abandonaba á la dulce esperanza de recobrar su poder.

Para hacer girar la revolución en su provecho procuró dominar y dirigir el movimiento. Por un decreto honró á Quereas y á sus cómplices con el título de restauradores de la libertad; por otro condenó la memoria de Cayo y ordenó á los ciudadanos que se retiraran tranquilamente á sus casas y á los soldados á sus alojamientos con promesa de alivio de impuestos á unos y gratificaciones á otros.

Quereas se había atraído á los soldados de cuatro cohortes, y llegada la noche hizo lo que no se había hecho desde cerca de un siglo atrás, ó sea pedir la seña á los cónsules que le dieron la palabra *Libertad*.

Como en los idus de marzo, los conjurados de ahora no habían formado plan para después de la muerte del tirano y se perdía el tiempo en palabras. Pero ¿dónde estaba la fuerza desde que las armas no se mezclaban ya con la toga? El senado era incapaz de tomar una resolución viril, y en frente de esta decrepitud, se levantaba un poder confiado, altivo, resuelto: los pretorianos que tenían una fortaleza á las puertas de Roma, armas, la disciplina militar y un interés evidente en no dejar que el Estado volviera á los días en que todo se hacía en la curia, en el foro, y nada en el ejército.

Mientras el senado deliberaba obraron ellos. Claudio, el hermano tanto tiempo despreciado de Germánico, estaba con su sobrino algunos momentos antes del atentado: espantado del tumulto y de los gritos de muerte que resonaban en el palacio, hubo de ocultarse en un rincón oscuro. Allí lo descubrió un soldado y lo presentó á sus camaradas. Claudio les pidió la vida. «Sé tú nuestro emperador,» le contestaron. Y como Claudio temblaba hasta el punto de no poder andar, se lo llevaron á su campamento.

El senado envió allí algunos de sus miembros para reconvenir á Claudio por esta usurpación de la tiranía é intimarle que esperara las decisiones del consejo supremo de la república, invitándolo á concurrir al senado á deliberar con todos. Los diputados hablaron con firmeza, pero muy pronto comprendieron que las cuatro cohortes de Quereas, los esclavos de los magnates armaron, la autoridad consular y los decretos de los Padres serían muy débil obstáculo para aquellos veteranos. Echáronse á los pies de Claudio y le conjuraron que evitara una guerra civil, añadiendo en voz más baja que si quería el imperio, lo pidiera á lo menos al senado.